

Evocación de la Facultad de Medicina de Granada hace medio siglo

M. Cruz Hernández

Desde que nos separamos hace 50 años, han pasado muchas cosas: bastantes buenas, otras no tanto, pero conviene recordarlas: sólo se sabe lo que se recuerda y dolor contado medio curado.

Acepto esta oportunidad para exponer algunos recuerdos, como una provocación. Así espero que a otros se les suelte la lengua o la pluma y cuenten sus peripecias después de haber pasado, como la mayoría, por la experiencia de ser médico-sanador pluriempleado, luego médico-padre y finalmente médico-abuelo, con lo que hemos aprendido muchas cosas, que no se enseñaron en la Facultad, aunque nosotros tuvimos la suerte de estudiar en una de las mejores en su tiempo. Escribir sirve también para olvidar, y paradójicamente para activar la memoria.

La cuestión de la memoria, en lo que a mí concierne y ahora que empieza a desaparecer con la edad, como casi todo, tiene un posible origen. Se remonta al tiempo pasado en el Instituto Padre Suárez, en compañía de un buen grupo de amigos inolvidables. Allí como no podía tener libros, aprovechaba los minutos libres antes de cada clase para dar un vistazo al texto de algún afortunado, mientras Manuel Correa o Antonio Rodríguez contaban chistes, que traían mucha alegría y bastante información sexual. Luego en la Facultad para mantener

la beca debía conseguir buena nota. Si se alcanzaba matrícula de honor, el premio era doble: se conseguía el libro de texto que regalaba la librería Manuel Ventura, y de camino se charlaba con sus simpáticas dependientas. Y para seguir en esta línea de sinceridad, ni qué decir tiene que la mayor parte de lo que parece que recuerdo, no es fruto de mi «memoriación», sino de la ayuda de otros. Esos sí que tienen memoria, como Antonio Rodríguez López, cuyo teléfono es el de la esperanza o mejor de la añoranza, para los que estamos lejos.

Con la natural sinceridad del tiempo y sin tomar las cosas demasiado en serio, lo que no trae buena cuenta, es posible que alguno se pregunte por qué dimos con nuestros huesos en la Facultad de Medicina de Granada y lo de huesos nunca mejor dicho, ya que la mayoría éramos puro esqueleto, en una época donde todavía había racionamiento y estraperlo.

Un grupo pasó directamente del Instituto Padre Suárez a la carretera de Jaén, hoy llamada Avenida de Madrid. Ante todo por el amor a las ciencias naturales, que nos transmitieron algunos profesores, como Aguirre y Mascaró. Tal vez también fuimos deslumbrados por los faros de los coches de los médicos más prestigiosos, pero tampoco eran raros los que tenían antecedentes hipocráticos familiares.

Palabras clave: Facultad de Medicina de Granada (Historia). Profesorado. Asignaturas. Bibliografía.

Fecha de recepción: Diciembre 2001.

Seminario Médico

Año 2002. Volumen 54, N.º 1. Págs. 13-18

Cada uno puede explicar su historia, con sus luces y sus sombras, pero también con la satisfacción de haber participado de alguna forma en la gran transformación de la medicina y de la vida, ya que ser médico es más que una profesión e incluso más que una vocación, es una forma de vivir.

Bien es verdad que alguna cosa se aprende ya demasiado tarde, cuando la senda de la vida, antes tan ancha (el mundo era nuestro), se ha estrechado tanto, que algunos se han salido de ella.

Entrada en la Facultad

Llegamos a la Facultad en una clara mañana del otoño granadino de 1945, entrando en un edificio que se había inaugurado un año antes. Encima de la puerta había una inscripción, ahora desaparecida, que decía: «sólido saxo fundata, nunc novo ritus, vetus explendet schola, imperante franco». Viene a significar, más o menos, «fundada sobre sólidas piedras, la antigua escuela ahora resplandece, según el nuevo rito, imperando Franco». El decano actual, profesor Peinado, promete que será repuesta... en parte.

Pero la verdadera puerta para entrar en la facultad y ser médico entonces era la *Anatomía*, cuatro asignaturas en total —nada más ni nada menos—. Sin embargo, empezamos con buen pie: cuando ya teníamos preparado el Testut y habíamos visitado a escondidas una sala de disección y visto alguna operación para poner a prueba nuestro temple, no nos correspondió el temido Enrique Gómez, fallecido poco antes, ni siquiera el exigente, pero caballero, Miguel Guirao Gea, sino un nuevo catedrático aragonés, de tanto afán docente, como tozudez y vehemencia, *José Escolar*. Aunque cualquier incidente banal podía sacarle de quicio, nos hizo bastante fácil la nueva anatomía, orientada por la función y la ontogenia, gracias a sus explicaciones, los apuntes, el Rouviere y el «Belorcio».

Por similitud en la denominación, cito a continuación la *Anatomía Patológica* a cargo

de *D. Adelardo Mora*, que traslucía, con su entrañable parecido con el «viejo sheriff de la Quebrada del Buitre», gran sapiencia pero también escepticismo humano y científico, ejerciendo clínicamente como oftalmólogo. Con el tiempo esta cátedra entró en la era moderna con profesores de gran nivel como Ortiz Picón, Lucio Díaz Flores (fue brillante alumno mío en Cádiz) y Antonio Campos, por citar solamente tres.

Ciencias básicas

Asignaturas ahora muy importantes, como Física y Química, entonces tenían escasa trascendencia, aunque no tan poca como Educación Física y Religión, que formaban parte de las «tres marías».

La Física era dictada por *Mariano Tercedor* con ayuda del libro de Mingarro y Alexandre, sin saber lo importante que se iba a convertir, por ejemplo, para entender el fundamento de los nuevos métodos de diagnóstico por la imagen, uno de los cambios diagnósticos más espectaculares en nuestra experiencia médica.

Química correspondía a un profesor benevolente y campechano: *Don Gonzalo Gallas*. Se podía ver tomando unos vinos en las bodegas Castañeda. Sus clases eran poco valoradas por un estudiante de medicina, que estaba ávido por llegar a la clínica. Además resultaba fácil triunfar en los exámenes con los sempiternos apuntes, que todavía persisten en la mayoría de las asignaturas. Por cierto que en nuestro tiempo le acompañaba un sobrino que sería famoso: Pío Cabanillas Gallas.

Esta asignatura se compartía con otras carreras: Químicas, Farmacia. Así quedó alguna amistad duradera y en mi caso algo más: Ángeles.

Reflejo de la situación universitaria y de los cambios sufridos por la medicina puede ser que *la mitad de las asignaturas no tenían catedrático*, casi siempre porque no se habían creado las cátedras, al ser ciencias relativamente nuevas, al menos en su rango universitario.

En este grupo hay que empezar por citar *Histología*, dada por el entrañable José Pedro Casado Corzo. Sus electrizantes clases, además de su inquieta personalidad, tenían el prestigio de las frecuentes alusiones a la práctica médica. Recomendaba una obra (Szymonowicz-Krause) con bellas microfotografías, en lugar de la obra clásica de Cajal con sus dibujos, que ahora andan en una sonda navegando por el espacio. Sí conservo la Anatomía Patológica de nuestro Premio Nobel.

Tampoco existía en aquel tiempo catedrático de *Fisiología*. Poco antes de la guerra se creó la cátedra que fue desempeñada muy poco tiempo por un García-Valdecasas, discípulo de Negrín, que emigró a México, donde fue famoso por su dedicación a la industria farmacéutica, además de su ciencia básica, con especial atención a las neurociencias. Nuestro profesor encargado fue el buen pediatra Rafael Mora Guarnido a quien algún enemigo colocó sobre su recia espalda la cruz de explicar esta emergente materia, que en cursos posteriores le creó graves problemas con los estudiantes.

Ninguna equivocación era la última (inos volvemos a equivocar!), pero la bibliografía recomendada era buena: para Fisiología general y Química Biológica el Lennard y para Fisiología especial Morros Sardá o Sansom Wright.

Especialidades

En este grupo de profesores encargados estaban los de *Oftalmología*, explicada por Julio Moreno (libro «Enfermedades de los ojos de May»); *Otorrinolaringología*, a cargo de José Sánchez Jofré («San José» para algunos por ser bastante mogollón); *Medicina legal*, correspondiente a José Domínguez (a quien luego conocí de catedrático en Cádiz y muy devoto de San Valentín), todavía recomendando la obra del clásico Lecha Marzo, *Dermatología* dictada por Marino Gallego Burín, con el libro de Gay Prieto y desdibujado por la sombra de

su hermano Antonio Gallego Burín, prestigioso profesor de Arte y luego Director General de Bellas Artes.

De *Terapéutica física*, el profesor era García Valdecasas. Esta especialidad con los años ha cambiado enormemente, tanto de nombre como de contenido. La radioterapia era una peligrosa aventura —según espero confirme el prestigioso colega radicado en EE.UU., Rodríguez Antúnez— y para el radiodiagnóstico se utilizaba un aparato primitivo, que se llamaba el «chisporómetro» y el que lo manejaba, lógicamente el «chispas». Su cliente más asiduo era don Manuel de Falla, con todo su arte, pero también su conocida hipocondría.

Por supuesto no había cátedra ni catedrático de *Deontología*, ahora redescubierta como importante Bioética, ni de *Historia de la medicina*, que explicaba el suplente y secretario de todo, Antonio J. Torres López. Pronto esta ciencia adquirió su relieve actual gracias a Pedro Laín Entralgo. Un discípulo mío en Cádiz, Antonio Orozco Acuña, dejó la pediatría y la rehabilitación de la poliomiélitis, por esta cátedra, en la que descolló hasta su muerte reciente en accidente de automóvil.

Igual ocurría con *Psiquiatría*. Fue nuestro profesor Luis Rojas Ballesteros, pero no accedió a catedrático hasta 1955, uno de los primeros en España. Nos introdujo en la moderna psiquiatría, vapuleando la antigua que repetía estaba «anclada y putrefacta». Para él fue también su comienzo en la Facultad, siendo inolvidables tanto las lecciones como las prácticas en el viejo Hospital Real de Dementes, hoy sede espléndida y luminosa del Rectorado pero que en aquel tiempo mostraba todo el estremecimiento dramático de la prepsiquiatría.

No tenía esta disciplina conexión con Psicología, explicada por mi hermano Miguel Cruz Hernández, que poco después marchaba como catedrático de Filosofía a Salamanca, a los 30 años, lo que supuso un reto para mí, que conseguí igualar en 1957.

Disciplinas principales

A continuación, con igual cariño no exento de alguna crítica, debo mencionar las *asignaturas que tenían catedrático*, lo que las hacía así más importantes. Casi todas eran clínicas, todo un ejemplo de la medicina de nuestros primeros tiempos. Escapa de esta significación, además de las ya citadas Anatomía y Anatomía Patológica, la *Microbiología e Higiene* encomendada a *Salvat*, cuya ciencia estaba oculta por su personalidad estrambótica y resentida. Junto a él y exponente del valor didáctico de un mal ejemplo, *Arcadio Sánchez López* que era el imposible encargado de evocar el esplendor que había tenido la Obstetricia y Ginecología en la Facultad de Medicina de Granada en la época de Alejandro Otero y otros.

Esta especialidad volvió a brillar con José M.^a Bedoya y Vicente Salvatierra, de cuyas enseñanzas no nos hemos beneficiado, pero muchos sí de su amistad, como ocurrió luego conforme iban llegando nuevos catedráticos a otras especialidades, como Buenaventura Carreras, Rosendo Poch, Ciges, Felipe Dulanto y tantos otros.

Otros profesores que dejaron huella

A pesar de alguna excepción, hay que recordar que *la Facultad de Medicina de Granada gozaba en aquellas épocas de todo su prestigio*, tanto por el nivel docente y asistencial como por su peso dentro de la Universidad, que en Andalucía sólo tenía la competencia de Cádiz y Sevilla. Los rectores procedían de ella, como Pareja Yébenes, Fermín Garrido, Mesa Moles, Otero y luego *Emilio Muñoz Fernández*, nuestro catedrático de *Farmacología*. De estatura alta y de porte elegante, aparecía ante nosotros (no mucho por sus múltiples ocupaciones) para dar una clase atrayente, sin más apoyo que el de un cigarrillo. Tenía fama de alternar con damas de alta alcurnia y también de deportista, falleciendo pasados los 80 años por su costumbre de dormir con el

balcón abierto en el frío invierno granadino.

Don Fernando Escobar, catedrático de *Patología Médica* (de las tres primeras «médicas» solamente... la cuarta era una cuestión personal), se jubiló el mismo año que nosotros terminamos. Su clase era pura anécdota, pero cuando hacía «cátedra en clínica o clínica en cátedra» en realidad seguía el método clásico de Osler o el más moderno del «caso problema». Además nunca ocultó su experiencia y su conocimiento, ni siquiera al más ambicioso y no ponía obstáculo para que cada cual se preparase bien con la obra de *Misael Bañuelos* y si se deseaba ampliar con el Diagnóstico diferencial de *Gregorio Marañón*, e incluso los tratados monumentales de *Carlos Jiménez Díaz* o *Agustín Pedro-Pons*.

Más adelante llegaron nuevos aires a esta ciencia fundamental con Julio Peláez y Arsacio Peña, por no citar los más recientes, pero nosotros tuvimos una gran oportunidad de conocer la medicina moderna con *Eduardo Ortiz de Landázuri* nuestro catedrático de *Patología General*. Desempeñó un papel histórico en la patología médica granadina al unir asistencia, docencia y algo poco conocido: la investigación.

Con el tiempo su figura se agiganta y abarca tanto como su gran brazo, que prodigaba a todo el mundo, pero en especial a nuestro catedrático de *Patología Quirúrgica*, *Enrique Hernández*. Éste, tan nervioso en clase como en el quirófano (pregunten si no a Ramón Pérez Fages), recomendaba como texto el libro de otro cirujano granadino, Francisco Martín Lagos. En sus últimos años perdió la vista y ganó mucho en afabilidad, pero nunca olvidó el vicio o la virtud de mandar.

Debo terminar por donde yo empecé, con mi maestro *Antonio Galdó Villegas* que dedicó su vida, como le gustaba proclamar, a la familia, la *Pediatría* y la Facultad de Medicina, por este orden. Para mí fue el descubrimiento de mi vocación pediátrica. Para otros, la pediatría era una asignatura difícil por su extensión y trascendencia, ya que

eran tiempos de muchos niños, graves enfermedades infantiles y enorme mortalidad infantil: cien niños de cada mil morían antes de cumplir un año de edad. Frente a esta situación apenas se tenían otros recursos que los derivados de la clínica: de ahí las largas listas de diagnóstico diferencial, que yo heredé en parte y de escasa utilidad hoy día. Había pasado ya la época de la pediatría francesa. Por eso se nos recomendó el manual de Bamberger, Wiskot y otros, cuando aun no habían aparecido las obras de Fanconi ni el Tratado de Nelson y menos otro muy pesado en dos tomos que yo sé y que ha visto la octava edición en estos días. El énfasis dado a la clínica se reflejaba en unas prácticas programadas o seminarios de Exploración Clínica en Pediatría. Fueron mi primera y prematura actividad docente y luego los esquemas utilizados resultaron el germen de un libro, cuya autoría compartimos y todavía tiene vigencia. La primera versión fue editada en los años 50, componiendo el libro el cajista letra a letra, otro exponente de aquella época. Pronto los libros se hicieron con linotipia, que a su vez dio paso a la fotocomposición. De una forma u otra el libro científico en medicina conserva toda la importancia de aquel tiempo, mostrando perfectamente su compatibilidad con otros instrumentos de enseñanza y aprendizaje, desde las grabaciones en el magnetófono, el cine, el vídeo y el internet.

Si hubiera que señalar en conjunto la huella principal que dejaron la Facultad de Medicina y nuestros profesores yo destacaría el tesón y la tenacidad, cualidad nacida en época difícil y que nos ha permitido soportar los grandes cambios de todo tipo y mantener con dignidad nuestra actividad, sin sufrir pronto la rémora del desencanto.

Granada en los años 40

¿Qué ambiente se respiraba por Granada cuando nosotros entramos en la Facultad? Dejando atrás la sombra de la guerra civil, de la que se hablaba mucho menos que

ahora, era tiempo todavía de racionamiento y según dicen de censura y represión, pero apenas nos dábamos cuenta o no le hacíamos demasiado caso. Me parece que nos sentíamos muy ilusionados y felices, como cualquier joven, aunque seguramente a los ojos de un observador de hoy debíamos ser desascados, hirsutos y desmedrados, con hambre de todo. ¡Qué diferencia con los alumnos de hoy! Ahora llegan cada mañana bien desayunados, bien duchados... y todo lo demás, y además cada vez más jóvenes y más altos.

Entramos en la Facultad cuando la caña de cerveza valía 75 céntimos, un café 1,50 (el de cebada más barato), el diario *Patria* o *Ideal* 25 céntimos y la entrada de cine entre una (el «gallinero» del Regio) y cinco pesetas. Llegaban con algún retraso las películas americanas, con tanto «haiga» y tanta nevera y en fin eran un regalo para los ojos —únicamente— las niñas granadinas, tan adorables, pero tan distantes, aunque les delataba su mirada agarena. Llevaban una especie de coraza llamada tubular y medias de seda, que pronto cambiaron por las de cristal, que venían de Tánger lo mismo que nuestro primer reloj, mientras el tabaco en picadura para liar llegaba de Gibraltar.

Fin de carrera y comienzo profesional

Nuestro final de licenciatura en 1951 lo celebró Granada con un reventón del río Darro en el embovedado de Puerta Real, al mismo tiempo que desaparecían figuras de cierta significación, como Pareja Yébenes, Queipo de Llano y el general Varela.

Las cosas empezaban a cambiar, incluso los precios: la cerveza ya valía una peseta, el café dos y el *Ideal* 70 céntimos.

Se levantó aquel año el cerco político internacional, y ya habían regresado los supervivientes de la División Azul. Empezaron a llegar los nuevos embajadores y se fundó en Granada la casa de América (los estudiantes de Puerto Rico, Venezuela y otros países hispanoamericanos eran frecuentes y notorios).

Con las suecas llegó el turismo y el ministerio correspondiente dirigido pronto por Manuel Fraga. El desarrollo económico se anunciaba poco a poco y seguramente nos dio un cierto empujón en nuestro comienzo profesional. Ya se fabricaba el mítico Pegaso y pronto sería el rey de la carretera el Seat «seiscientos».

Como médicos no contábamos con mucho, a no ser el fonendoscopio y si se podía el aparato de rayos X para radioscopia, hoy prácticamente proscrita.

Usamos los *primeros antibióticos*, lo que abrió una nueva era en la medicina: la actual época plenamente científica.

Los *recursos de profilaxis* eran pocos. Tuvimos que esperar diez años, por ejemplo, para que apareciera la vacuna contra la poliomielitis, de la que en mis primeros años de pediatra y catedrático tuve que asistir unos mil casos, con todas sus terribles consecuencias. Ahora está felizmente erradicada. En 1951 el DDT fue saludado como erradicador del anofeles y del paludismo. En España desaparecieron los 500.000 pacientes todavía existentes, pero no ocurrió igual en el resto del mundo al limitarse su empleo por los frecuentes efectos adversos.

La pediatría, ayudada por la mejoría socioeconómica general, consiguió disminuir la mortalidad infantil con su repercusión enorme sobre la vida media, aun a expensas del gran descenso de la natalidad: ahora nacen la mitad de niños que cuando estudiábamos pediatría, si bien la mortalidad infantil ha bajado al 5 por mil.

Evolución científica

Sobre los cambios científicos, mejor es no insistir ahora, porque la enumeración sería interminable. Un ejemplo será suficiente: salimos de la Facultad con dudas sobre el número de cromosomas. Ahora no sólo conocemos perfectamente los 46, sino todos los

30-40 mil genes que tienen, lo que está abriendo la puerta de la medicina del futuro: predominio de la profilaxis y genoterapia. Tuvimos la suerte de terminar en un momento en que no existía plétora profesional. De cada Facultad salía cada año por término medio un centenar de nuevos médicos, pero en los años 70 llegaron a ser 26.000 con las consecuencias de todos conocidas. Demos gracias por esto y por mucho más.

Al mismo tiempo que realizábamos nuestro trabajo, se pasaba del lentísimo y renqueante tren hasta el AVE, de los coches de caballos al avión y de la vieja máquina de escribir –siempre inolvidable– al ordenador. Sin dejar de disfrutar de este agradable presente y de mirar hacia el futuro, que es lo verdaderamente importante, cuando recordamos el pasado aparecen zonas de luz, pero también de oscuridad y en conjunto parece dudoso que los años anteriores fueran de verdad mejor, como se suele decir.

Pero no hay que dejar de evocarlos. Junto a lo que se dijo antes, han permitido estar juntos a un querido grupo de amigos y compañeros. Otro gran motivo de alegría y gratitud que añadir a todo lo que se desprende de estas líneas apresuradas con una ojeada retrospectiva a la querida Facultad de Medicina de Granada, a mediados del siglo XX.

Agradecimiento

A todos los compañeros de curso, que en el mes de junio de 2001 al cumplir las bodas de oro, hicieron aflorar estos recuerdos, junto con la conferencia de José Sillero, la labor de los organizadores Salvador Algarrá y Francisco Morata, además del archivo viviente: Antonio Rodríguez López. ◀

M. Cruz Hernández, Catedrático de Pediatría. Profesor Emérito. Universidad de Barcelona.
